

## EL MATERIALISMO CULTURAL

MARVIN HARRIS

Madrid, Alianza Editorial, 1985

### Capítulo 2: La Epistemología Del Materialismo Cultural

La ciencia empírica es, pues, el fundamento del modo de conocimiento materialista cultural. Sin embargo, la mera proposición de que nuestra estrategia debe tratar de satisfacer los criterios del conocimiento científico no nos explica la forma de adquirir dicho conocimiento en el campo de investigación sociocultural. Cuando el objeto de estudio es el ser humano, el presunto científico se ve enfrentado a un singular dilema. De todas las cosas y organismos estudiados por la ciencia, únicamente el «objeto» humano es asimismo sujeto; los «objetos» tienen ideas muy desarrolladas acerca de sus propios modos de pensar y comportarse, así como de los modos en que lo hacen otras gentes. Además, gracias a la traducibilidad mutua de todos los lenguajes humanos, nos es posible conocer lo que las gentes piensan acerca de sus pensamientos y conducta mediante preguntas y respuestas. ¿Cómo llama un bathonga a su madre? «Mamani.» ¿Cuándo sacrifican sus cerdos los maring? «Cuando el árbol sagrado ha crecido.» ¿Por qué parten estos yanomamo a la guerra? «Para vengarnos de los que nos han robado las mujeres.» ¿Por qué reparte sus mantas el jefe kwakiutl? «Para humillar a sus rivales.»

Ningún aspecto de una estrategia de investigación la caracteriza de un modo más decisivo que la manera en que aborda la relación entre lo que las gentes dicen y piensan como sujetos y lo que dicen, piensan y hacen como objetos de la investigación científica.

## Los dilemas epistemológicos de Marx y Engels

En *La ideología alemana*, Marx y Engels se propusieron enderezar el estudio de los fenómenos socioculturales centrándose en las condiciones materiales que determinan la existencia humana. Uno de los objetivos fundamentales de su estrategia consistía en desmistificar la vida social mediante la destrucción de las ilusiones de origen social que falsean la conciencia humana: por ejemplo, la ilusión de que es la compra y la venta, en lugar del trabajo, lo que crea la riqueza. Describiendo la vida social como si brotara constantemente de la vida cotidiana de la gente común, nos hablaron de la necesidad de identificar a los individuos «no como puedan presentarse ante la imaginación propia o ajena, sino tal y como realmente son...».

*Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre real que actúa... Desde el primer punto de vista, se parte de la conciencia considerada como el auténtico individuo viviente; desde el segundo... del propio individuo vivo y real... (Marx y Engels, 1976 [1846]: 36-37.)*

Pero, ¿qué se entiende por «individuos como realmente son», «hombre real que actúa» e «individuo vivo y real»? ¿Cuál es la diferencia entre personas reales e irreales? ¿Son acaso todos los pensamientos irreales, o sólo algunos? Y en tal caso, ¿cómo se distinguen unos de otros?

Es imposible resolver mediante el concepto de «realidad» las cuestiones epistemológicas que Marx y Engels trataron de formular. Para los materialistas científicos, el problema de lo que es real o irreal queda englobado por entero en las generalidades del método científico. Si alguien

asegura que los chamanes vuelan, solicitamos pruebas contrastables. Pero nuestra estrategia rechaza la implicación de que el pensamiento en sí sea «irreal». La materia no es ni más ni menos real que los pensamientos. Decidir si son las ideas o las entidades materiales las que constituyen la base de la realidad no es, en rigor, una cuestión de índole epistemológica. Se trata de una cuestión ontológica (y estéril, para más señas). Los materialistas solo necesitan recalcar que las entidades materiales tienen una existencia propia separada de la de las ideas, que los pensamientos acerca de las cosas y los acontecimientos son separables de éstos. El problema epistemológico central que hay que solucionar a continuación consiste en cómo obtener un conocimiento científico válido de ambos dominios sin entremezclarlos. Si los materialistas desean resolver este problema, sugiero que abandonen la distinción entre lo «real» y lo «irreal» y adopten, en cambio, dos conjuntos diferentes distinciones: en primer lugar, la distinción entre acontecimientos mentales y conductuales; en segundo lugar, la distinción entre acontecimientos de tipo emic y de tipo etic. Empecemos por la primera.

### **El campo mental y conductual**

El estudio científico de la vida social debe interesarse indistintamente por dos clases de fenómenos radicalmente diferentes. De una parte están las actividades que conforman el flujo conductual humano: el conjunto de los movimientos corporales de todos los seres humanos del presente y del pasado y los efectos ambientales, grandes o pequeños, producidos por tales movimientos. De otra, todos los pensamientos y sentimientos que los seres humanos experimentamos mentalmente. La peculiaridad de ambos dominios queda demostrada por la necesidad de recurrir a operaciones diferentes al objeto de formular afirmaciones científicamente verosímiles acerca de cada uno de ellos. Para describir el universo de las experiencias mentales, debemos emplear operaciones capaces de desentrañar los pensamientos de la gente. En cambio, para describir los movimientos corporales y sus efectos

externos no hace falta descubrir en qué piensan quienes los realizan (no es necesario, al menos, si se adopta la posición epistemológica del materialismo cultural).

Con todo, la distinción entre acontecimientos mentales y conductuales nos deja sólo a medio camino en lo que atañe a la solución del dilema de Marx y Engels. Resta el hecho de que los pensamientos y la conducta de los participantes pueden enfocarse desde dos perspectivas distintas: desde la de los propios participantes y desde la de los observadores. Es posible, en ambos casos, la descripción científica —esto es, objetiva— de los campos mental y conductual. Pero en el primero, los conceptos y distinciones empleados por los observadores son significativos y apropiados para los participantes; mientras que en el segundo, lo son para los observadores. Siempre que se dé satisfacción a las exigencias de contrastabilidad y duplicabilidad empíricas, cualquiera de las dos perspectivas podrá conducir a un conocimiento «real» y no imaginario de acontecimientos mentales y conductuales, aun cuando difieran las descripciones resultantes.

### **Emic y etic**

Dado que cabe presentar, objetiva y subjetivamente, tanto el punto de vista del observador como el de los participantes, según las operaciones empíricas empleadas por el observador, no podemos utilizar los términos «objetivo» y «subjetivo» sin ocasionar gran confusión. Para evitar tal riesgo, muchos antropólogos han adoptado los términos emic y etic, introducidos por el lingüista antropológico Kenneth Pike en su obra *Language in Relation to a Unified Theory of the Structure of Human Behavior*.

Lo que caracteriza a las operaciones de tipo emic es la elevación del informante nativo al status de juez último de la adecuación de las descripciones y análisis del observador. La prueba de la adecuación de los análisis emic es su capacidad para producir enunciados que el nativo pueda

estimar reales, con sentido o apropiados. Al realizar una investigación desde esta perspectiva, lo que el observador trata de esclarecer son las categorías y reglas cuyo conocimiento es necesario para pensar y actuar como un nativo. Se trata, por ejemplo, de aprender qué regla subyace al empleo de un término de parentesco idéntico para designar a la madre y a la hermana de la madre entre los bathonga; o de saber en qué ocasiones es apropiado humillar a los huéspedes entre los kwakiutl.

El rasgo distintivo de las operaciones de tipo etic es la elevación de los observadores al status de jueces últimos de las categorías y conceptos empleados en las descripciones y análisis. La prueba de la adecuación de las descripciones etic es única y exclusivamente su capacidad para generar teorías fructíferas desde un punto de vista científico sobre las causas de las semejanzas y diferencias socioculturales. En lugar de tener que utilizar conceptos que sean necesariamente reales, significativos o apropiados para la óptica nativa, el observador puede recurrir a categorías y reglas ajenas a la situación procedentes del lenguaje científico. A menudo, las operaciones etic entrañan la medición y yuxtaposición de actividades y acontecimientos que los informantes nativos tal vez estimen impropios o carentes de significado.

El siguiente ejemplo demuestra, a mi entender, la tremenda importancia de la diferencia entre el conocimiento de tipo emic y el de tipo etic. En el distrito de Trivandwan del estado de Kerala, en la India meridional, tuve ocasión de entrevistar a agricultores acerca de las causas de muerte de su ganado doméstico. Todos y cada uno de los agricultores entrevistados insistían en que jamás acortarían deliberadamente la vida de uno de sus animales, que jamás se les ocurriría matarlos o dejarlos morir de hambre. Todos afirmaban con vehemencia la justicia de la prohibición hindú de sacrificar los bovinos domésticos. Sin embargo, las historias reproductivas de los animales que me ocupaban evidenciaban que la tasa de mortalidad de los terneros superaba en más del doble a la de las crías del sexo contrario. De hecho, el número de

hembras entre cero y un años superaba al de los machos pertenecientes al mismo grupo de edad en una proporción de 100 a 67. Los propios agricultores no desconocen el hecho de que los machos suelen fallecer con mayor frecuencia que las hembras, pero lo atribuyen a la relativa «debilidad» de los primeros. «Los machos enferman con más facilidad», suelen decir. Cuando les pregunté cómo explicaban esta propensión, algunos respondieron que los machos comían menos que las hembras. Unos cuantos sugirieron que esto se debía a que apenas se les permitía estar unos pocos segundos junto a las ubres de la madre. A nadie, empero, se le ocurrió señalar que, dado que la demanda de animales de tracción es muy escasa en Kerala, se decide criar a las hembras y desechar a los machos.

Con arreglo a la perspectiva emic de la situación, nadie acortaría a sabiendas o deliberadamente la vida de un ternero. Una y mil veces se me dijo que toda cría, independientemente de su sexo, tiene derecho a la vida. La perspectiva etic, en cambio, nos indica que las tasas de masculinidad del ganado se ajustan de una manera sistemática a las necesidades de la ecología y economía locales mediante un «bovicidio» preferencial de los machos. Aunque no se sacrifica directamente a los terneros no deseados, se los deja morir de hambre, más o menos rápidamente. Desde un punto de vista emic, no existe ninguna relación sistémica entre la proporción de sexos observada en Kerala y las condiciones ecológicas y económicas locales. Sin embargo, la suma importancia de esta relación sistémica puede deducirse del hecho de que, en otras regiones de la India, en las que prevalecen diferentes condiciones económicas y ecológicas, se practica un bovicidio preferencial etic que afecta a las hembras en vez de a los machos y que, en el estado de Uttar Pradesh, da por resultado una tasa de masculinidad en el ganado adulto de más de 200 bueyes por cada 100 vacas.

En el capítulo anterior, aludí al problema de la falta de operacionalización de los términos, que impide a los científicos sociales no sólo resolver ciertos

rompecabezas, sino también comunicar eficazmente los resultados de sus investigaciones. El primer y más sencillo paso hacia la operacionalización de conceptos como status, rol, clase, casta, tribu, Estado, agresión, explotación, familia, parentesco, etc., consiste en especificar el tipo de operación, emic o etic, de que nos hemos servido para adquirir el conocimiento que afirmamos poseer sobre estas entidades. Las propias nociones de contrastabilidad y duplicabilidad se convierten en papel mojado cuando la visión del mundo de los observados se halla caprichosamente enmarañada con la visión del mundo del observador. Como trataré de mostrar más adelante, toda estrategia investigativa que no distinga entre los acontecimientos pertenecientes a los flujos mental y conductual, y entre las operaciones emic y etic, será incapaz de desarrollar un conjunto coherente de teorías concerniente a las causas de las semejanzas y diferencias socioculturales. Y, a priori, me inclino a pensar que las estrategias que se limiten exclusivamente a la perspectiva emic o a la etic no pueden satisfacer los criterios de una ciencia orientada hacia metas de una manera tan efectiva como aquellas que abarcan ambos puntos de vista.

### **Los puntos de vista emic y etic y la objetividad**

Kenneth Pike formó las voces «etic» y «emic» a partir de los sufijos de los términos *phonetic* (fonético) y *phonemic* (fonémico). Las descripciones fonéticas de los sonidos de un lenguaje se basan en una taxonomía de los órganos corporales que intervienen en la producción de las emisiones lingüísticas y de las ondas sonoras, que constituyen sus efectos ambientales característicos. Así, los lingüistas, desde un punto de vista etic, distinguen las unidades fónicas sonoras de las sordas, según conlleven o no vibración de las cuerdas vocales; los sonidos aspirados de los no aspirados, según el grado de apertura de la glotis; los labiales de los dentales, según la posición relativa de la lengua y los dientes. El hablante nativo no realiza estas discriminaciones. En cambio, las descripciones emic de los sonidos del lenguaje se basan en el

sistema implícito o inconsciente de contrastes fonológicos inscrito en las mentes de los hablantes nativos y que éstos utilizan para identificar el significado de las expresiones de su lenguaje.

En la lingüística estructural los fonemas —unidades fónicas mínimas de carácter distintivo que cabe delimitar en un lenguaje particular— se distinguen de los sonidos no significantes y no distintivos y entre sí mediante una sencilla prueba operativa. Si la sustitución de un sonido por otro, en un mismo contexto fónico, produce un cambio en el significado de la palabra en cuestión, ambos fenómenos ejemplifican (pertenecen a la clase de) dos fonemas diferentes. Así, la *p* y la *b* de *pit* y *bit* ejemplifican dos fonemas ingleses diferentes porque los hablantes nativos reconocen en *pit* y *bit* (y en *pat* y *bat*, en *pull* y *bull*, etc.) dos palabras con distintos significados. La *p* y la *b* habladas poseen la condición de fonemas no porque sean diferentes desde un punto de vista etic, sino porque los hablantes nativos perciben su «contraste» cuando sustituimos la una por la otra en un mismo contexto fónico.

La importancia de la distinción de Pike estriba en que permite esclarecer el significado de la subjetividad y la objetividad en las ciencias humanas. Adoptar un punto de vista etic no equivale a ser objetivo, del mismo modo que la subjetividad no consiste en adoptar una óptica emic. Ser objetivo supone asumir los criterios epistemológicos expuestos en el capítulo anterior, criterios que señalan los límites entre la ciencia y los otros modos de conocimiento. Es perfectamente posible enfocar fenómenos, tanto de tipo emic como etic desde una perspectiva objetiva, es decir, científica\* Análogamente, la subjetividad no es menos posible en ambos casos. La objetividad representa el estatuto epistemológico que separa a la comunidad

*\*Pese a mi insistencia sobre este punto, según Fisher y Werner (1978), equiparo a la ciencia con la perspectiva etic.*

de los observadores de las comunidades observadas. Ciertamente, los propios observados pueden ser objetivos; pero esto no querrá decir sino que se han unido, temporal o permanentemente, a la comunidad de los observadores, adoptando una epistemología científica operacionalizada. Objetividad no quiere decir simplemente intersubjetividad. Se trata de una forma especial de intersubjetividad establecida por la peculiar disciplina lógica y empírica a la que la comunidad científica acuerda someterse.

### **El sesgo emic de Pike**

La apropiación de la distinción emic/etic de Pike por parte de los materialistas culturales ha suscitado grandes polémicas. En buena medida, esto se debe al hecho de que Pike es un idealista cultural para quien la descripción y el análisis de sistemas emic representan la meta final de la ciencia social.

La intención de Pike era aplicar los principios mediante los cuales los lingüistas descubren los fonemas y otras unidades emic del lenguaje (como los morfemas) al descubrimiento de unidades emic —que denominó «conductemas»— en el flujo conductual. Con la identificación de los conductemas, Pike esperaba ampliar la estrategia de investigación que tan eficaz se había mostrado en el análisis de los lenguajes para abarcar el estudio del flujo conductual. Pike nunca consideró la posibilidad de estudiar el flujo conductual desde una perspectiva etic.

Rechazaba de plano la posibilidad de que un enfoque de esta clase produjera «estructuras» más interesantes que uno de tipo emic. En la medida en que pudiera siquiera hablarse de la existencia de unidades etic, éstas no eran sino males necesarios, meros escalones en el progreso hacia dominios emic más elevados. Los observadores no tienen más remedio que empezar sus análisis de la vida social con categorías etic, pero el fin supremo de su quehacer analítico no debe ser otro que la sustitución de tales categorías por las

unidades emic que constituyen sistemas estructurados en las mentes de los actores sociales. En palabras de Pike (1967: 38-39): «los datos etic proporcionan el acceso al sistema: el punto de partida analítico». «La descripción etic inicial se va perfeccionando gradualmente y, por último —en principio, aunque, en la práctica, probablemente nunca—, es sustituida por una de carácter totalmente emic.»

Esta posición choca frontalmente con los presupuestos epistemológicos del materialismo cultural. Con arreglo a nuestra estrategia de investigación, el análisis etic no es un escalón en el descubrimiento de estructuras emic, sino en el de estructuras etic. El objetivo no consiste ni en convertir lo etic en emic ni lo emic en etic; antes bien, estriba en describir ambos aspectos y, si es posible, explicar el uno en función del otro.

### **Las perspectivas emic y etic y los informantes**

Una fuente común de confusión sobre la distinción emic/etic la constituye el supuesto de que las operaciones etic excluyen la colaboración con los informantes nativos. Pero por razones de necesidad práctica, los observadores tienen que confiar a menudo en los informantes nativos para obtener su información básica sobre quién ha hecho tal o cual cosa. El recurso a los informantes nativos para tales propósitos no establece de un modo automático el estatuto epistemológico de las descripciones resultantes.

El carácter emic o etic de las descripciones de acontecimientos que los informantes han observado o en los que han participado depende del origen de las categorías que establecen el marco del discurso. Cuando la descripción responde a las categorías de tiempo, espacio, pesos y medidas, número de personas presentes, movimientos corporales y efectos ambientales propios del observador, la descripción será etic. Los censos proporcionan el ejemplo más familiar. Si nos limitamos a preguntar al informante: «¿Qué personas

viven en esta casa?», la respuesta tendrá un carácter emic, ya que el informante empleará el concepto nativo de «viven aquí» para incluir o excluir a personas presentes o ausentes en la vivienda. Así, en Brasil, tuve que idear una serie de instrucciones específicas relativas a los abijados y sirvientes, los cuales, con arreglo a las normas emic, no podían considerarse miembros de la casa en la que residían permanentemente. No obstante, una vez que mi asistente fue instruido en las distinciones apropiadas desde un punto de vista etic, el estatuto epistemológico de sus datos no era menos etic que el de los míos.

### **La perspectiva emic y la conciencia**

Pike y otros investigadores que han utilizado la lingüística como paradigma para el análisis emic subrayan el hecho de que las respuestas inmediatas de los hablantes no suministran necesariamente los modelos estructurados que son el producto final deseado de los análisis emic. Por ejemplo, para determinar si las dos *p* de *paper* (la primera de las cuales es aspirada) son idénticas o diferentes desde un punto de vista fonémico, no se puede recurrir a la capacidad autoanalítica consciente del nativo. Es imposible inducir a los nativos a enunciar el sistema fonémico de su propio lenguaje. Tampoco pueden enumerar las reglas gramaticales que les permiten generar oraciones gramaticales. Consecuentemente, muchas de las descripciones emic constituyen modelos o «estructuras» de las que los informantes no son conscientes. No obstante, la validez de estos modelos emic radica en su capacidad para producir mensajes que el actor nativo juzga, conscientemente, apropiados y significativos.

Por lo demás, Pike también prevé el caso que denomina hipóstasis: a saber, el enunciado por parte del hablante de reglas estructurales conscientes, como «no se debe usar la doble negación». La hipóstasis se hace mucho más corriente cuando pasamos de las respuestas relativas a la estructura del

lenguaje a las relativas a la estructura del pensamiento y el comportamiento. La naturaleza de preguntas como « ¿Por qué se hace esto?», « ¿Para qué sirve esto?», « ¿Es esto lo mismo que aquello? » y « ¿Cuándo y cómo se hace esto? » no es menos emic que la de la pregunta: ¿Significa *p'ap'er* (pronunciado con dos *p's* aspiradas) lo mismo que *p'aper* (con una sola *p* aspirada)?

La etnolingüística Mary Black (1973: 524) protesta afirmando que el «emicista» no va por ahí «recogiendo “declaraciones verbales *sobre* la acción humana”, mientras que el eticista es el que se dedica a observar la acción humana directamente». Black recalca que el objeto de estudio en la investigación emic es la estructura de los sistemas de creencias, que comprenden las creencias sobre la acción, y no las declaraciones sobre las creencias en sí: «La idea de que el interés de la etnociencia por el lenguaje y la lingüística obedece al propósito de obtener de los informantes declaraciones acerca de sus pautas de conducta es un tanto simplista y sólo pueden sostenerla quienes no han realizado trabajo etnosemántico» (326).

A mí, en cambio, no me parece tan simplista el insistir en que la perspectiva emic se ocupa tanto del contenido consciente de las respuestas emitidas por los hablantes como de las estructuras inconscientes que cabe descubrir bajo el contenido superficial. Black se equivoca al sostener que las estructuras emic complejas constituyen necesariamente estructuras inconscientes que sólo es posible inferir de las respuestas superficiales. Muchos importantes y complejos sistemas de reglas se manifiestan en el plano de lo consciente: por ejemplo, las normas de etiqueta, las reglas deportivas, las que sancionan los rituales religiosos, y las que rigen en las burocracias y gobiernos. La concepción de Black de lo que constituye el auténtico «trabajo etnosemántico» parece excluir también las encuestas sociológicas y de opinión, cuyos hallazgos sólo tienen que ser tabulados para adquirir significado estructural. Tal vez el hecho de que la mayoría de los cognitivistas

(véase cap. 9) se haya ocupado de las estructuras ideológicas hipostáticas de carácter manifiesto refleje su predilección por fenómenos emic esotéricos y políticamente triviales como las distinciones etnobotánicas y las terminologías de parentesco.

### Los campos mental/etic y conductual/emic

Si los términos «emic» y «etic» no son redundantes con respecto a los términos «mental» y «conductual» tendrá que haber cuatro dominios objetivos y operacionalmente definibles en el campo de investigación sociocultural\*

	<i>Emic</i>	<i>Etic</i>
Conductual	I	II
Mental	III	IV

Reconsideremos el ejemplo de la vaca sagrada para ilustrar las cuatro posibilidades:

- I. *Conductual/emic*: «No se deja morir de hambre a los terneros.»
- II. *Conductual/etic*: «Se deja morir de hambre a los machos.»
- III. *Mental/emic*: «Todos los terneros, independientemente de su sexo, tienen derecho a la vida.»
- IV. *Mental/etic*: «Dejemos morir de hambre a los machos cuando el forraje escasee.»

\**Estoy en deuda con Brian Ferguson por esta distinción.*

El estatuto epistemológico de los dominios 1 y IV es, indudablemente, el que plantea los problemas más espinosos. ¿Dónde está la realidad de la afirmación conductual-emic: «No se deja morir de hambre a los terneros»? ¿Se refiere esta afirmación a algo que existe realmente en el flujo conductual o se trata meramente de una creencia acerca del flujo conductual que sólo existe en la mente de los agricultores indios? Análogamente, ¿dónde se encuentra la realidad de la regla mental-etic: «Dejemos morir de hambre a los machos cuando el forraje escasee»? ¿Existe dicha regla en la mente de los agricultores o única y exclusivamente en la del observador?

Examinemos, en primer lugar, el problema planteado por las descripciones conductuales-emic. Sólo en contadas ocasiones es posible repudiar por ficticias e imaginarias las descripciones del flujo conductual realizadas desde el punto de vista del actor y relegarlas a un dominio exclusivamente mental. Para empezar, son muy numerosos los casos en que las visiones del actor y del observador acerca de lo que ocurre en el mundo manifiestan una estrecha correspondencia. Cuando los agricultores indios charlan sobre las etapas necesarias para el trasplante del arroz o sobre los trucos que emplean para conseguir ordeñar a una vaca renuente, sus descripciones emic de acontecimientos pertenecientes al flujo conductual son tan precisas como cualquier descripción etic que pueda hacer un etnógrafo. Es más, aun en los casos en que existen profundas diferencias, los puntos de vista emic y etic no se excluyen mutuamente de un modo absoluto. Advuértase que, en el ejemplo un tanto extremo que nos ocupa, los agricultores no consideran la muerte de los animales no deseados como «bovicidio» y que el modo en que ésta se provoca es lo suficientemente ambiguo como para permitir esa interpretación. Ciertamente, el grado de discrepancia entre las versiones emic y etic de los acontecimientos del flujo conductual constituye un importante índice del grado de mistificación de la visión que los actores tienen de lo que ocurre a su alrededor. Pero sólo si dicha mistificación fuese

total, podríamos afirmar que sus descripciones conductuales se refieren única y exclusivamente a fenómenos mentales.

La otra categoría espinosa, la perspectiva etic de la vida mental (IV), posee implicaciones semejantes. Como sucede con la visión del comportamiento, también puede darse una mistificación de los propios pensamientos como resultado de la represión de éstos a un plano inconsciente o, al menos, no sobresaliente. En nuestro ejemplo, la existencia de la regla «cuando el forraje escasee, dejemos morir de hambre a los machos» puede inferirse del permanente desequilibrio de la proporción de sexos. Como señalé anteriormente, las respuestas de algunos agricultores de Kerala a la pregunta de por qué comen los machos menos que las hembras se acercan mucho a esta regla. Dicho de otro modo, las descripciones etic de la vida mental pueden cumplir la función de ayudarnos a sondear la mente de los informantes en lo que concierne a creencias o reglas poco sobresalientes o inconscientes.

El camino que lleva al conocimiento etic de la vida mental se halla plagado de peligros y obstáculos. Si hacer inferencias acerca de los pensamientos de nuestros amigos y parientes más próximos requiere ya una extrema prudencia, ni que decir tiene que los riesgos son tanto más elevados cuando se trata de los pensamientos de gentes de culturas diferentes. El siguiente caso nos servirá de ejemplo: Los niños de una pequeña ciudad brasileña solían ir a la escuela llevando puesto un solo zapato. Cuando les solicitaba una explicación de su conducta se sonrojaban y respondían que tenían una herida en el pie descalzo. Sin embargo, jamás pude observar que les ocurriera nada en ese pie. Esta palpable discrepancia entre lo que observaba y lo que los niños afirmaban acerca de la situación me llevó a realizar una inferencia falsa en cuanto a sus verdaderas motivaciones. Supuse que, como eran niños, preferían ir a la escuela descalzos; y como esto no estaba permitido, se inclinaban por una solución intermedia. Pero lo que, en

realidad, ocurría en sus mentes era, como supe después de interrogar a los niños y a sus padres, algo completamente distinto. Los informantes sabían que lo mejor era llevar dos zapatos, pero por razones de economía familiar, los niños se ponían solamente uno, permitiendo así que dos hermanos pudiesen compartir un mismo par.

Los psicoanalistas y sus pacientes conocen bien los peligros que entraña hacer inferencias que contradigan lo que el paciente dice y que se basen únicamente en las interpretaciones que el analista dé a la conducta de aquél. Algunos psicoanalistas le encuentran un motivo oculto a todo: si el paciente llega temprano a la sesión, ello es signo de «ansiedad»; si es puntual, de «compulsividad»; si se retrasa, de «hostilidad». Evidentemente, los antropólogos deben utilizar su enfoque etic de la vida mental con moderación, absteniéndose de imponer a toda explicación emic una alternativa etic.

### **La perspectiva emic intercultural**

Trataremos ahora de poner en claro el estatuto epistemológico de ciertos fenómenos mentales comunes a diversas culturas. Para muchos antropólogos, la presencia intercultural de determinados rasgos mentales les confiere, necesariamente, un carácter etic. El caso focal lo constituye el de los ocho conceptos clave que figuran de modo reiterado como componentes del inventario mundial de sistemas terminológicos de parentesco.\* Siguiendo a Ward Goodenough (1970) y William Sturtevant (1964), Raoul Naroll (1973) los considera conceptos de tipo etic: «Estos son los ocho conceptos etic clave... Al inventario lo valida el hecho de que la utilización de

\*A saber: (1) consanguinidad-afinidad, (2) generación, (3) sexo (4) colateralidad, (5) bifurcación, (6) edad relativa, (7) «descendencia» y (8) distancia genealógica.

los ocho conceptos etic nos permite definir con la mayor parquedad cualquier sistema emic de términos de parentesco.» No obstante, dado que, como señala Naroll, los ocho conceptos clave se derivan de sistemas terminológicos emic —es decir, sistemas en los que las distinciones son reales y apropiadas desde el punto de vista del participante—, nos cuesta

trabajo entender por qué deben considerarse como conceptos de tipo etic. Su presencia intercultural ciertamente no lo justifica. Cuando un lingüista informa de que en tal o cual lenguaje los obstáculos bilabiales sonoros y sordos forman un contraste fonémico, no por ello se transforma el estatuto epistemológico de [b] y [p] de fonémico en fonético. Tampoco tiene lugar esta transformación por el hecho de que se nos informe de que muchos otros lenguajes, entre ellos el inglés, establecen esta distinción. Pongamos otro ejemplo: imaginemos que un etnógrafo, al describir una determinada cultura, hace hincapié en que la gente cree tener un «alma» que abandona el cuerpo tras la muerte. ¿Habrá alguna diferencia por el hecho de que una creencia similar se dé en mil culturas más? Mientras el concepto sea real, significativo y apropiado para los miembros de esas culturas, su carácter con respecto a esas culturas seguirá siendo emic.

La explicación de la diferencia de opinión acerca del estatuto de los conceptos clave de parentesco radica en el uso de estos conceptos para hacer inferencias sobre distinciones mentales en culturas que todavía no han sido estudiadas desde una perspectiva emic. Es un hecho que no se emplean todas y cada una de las ocho distinciones en todos los sistemas terminológicos de parentesco (la terminología americana, por ejemplo, no tiene en cuenta la edad relativa ni la «descendencia» —es decir, el hecho de que el pariente esté vivo o muerto). Pero al analizar un sistema desconocido, lo lógico y natural será inferir que contiene al menos algunas de estas distinciones, y en tal caso el carácter operacional de la distinción inferida será el que corresponde a la perspectiva etic de la vida mental. Por

consiguiente, no tengo inconveniente en coincidir con Ward Goodenough (1970: 112) en que «el enfoque etic es necesario para la descripción emic, y [que] realizando descripciones emic aumentamos nuestros recursos conceptuales etic para descripciones posteriores», siempre y cuando se entienda que la presencia repetida no caracteriza a lo etic y que los «recursos... etic para descripciones posteriores» se refieren exclusivamente a la perspectiva etic de la vida mental. No estoy de acuerdo, en cambio, en que nuestros recursos conceptuales etic para el estudio del flujo conductual dependan de estudios emic. Los conceptos etic adecuados al estudio del flujo conductual dependen de su propia condición de elementos fructíferos en un corpus de teorías científicas.

### **El estatuto epistemológico de los actos lingüísticos**

En buena medida, el flujo conductual humano se compone de mensajes verbales que intercambian parientes, amigos y extraños. ¿Es aplicable la distinción emic/etic a tales acontecimientos? Siendo como es el lenguaje el modo primordial de la comunicación humana, y teniendo en cuenta que su función consiste en transmitir significados, parecería lógico concluir que el único enfoque que podemos realizar del lenguaje como transmisor de significados es la vía emic. Sin embargo, esto no es necesariamente así; los enfoques etic de los actos lingüísticos son igualmente posibles. No hace falta comunicar con los comunicantes para comprender el significado de los actos de comunicación. Los psicólogos, etólogos y primatólogos, por ejemplo, se basan en la observación de los contextos y consecuencias de los actos comunicativos en las especies infrahumanas para intentar descifrar su significado. Se sabe que entre los chimpancés un «ladrido» significa «peligro», un alarido estruendoso equivale a «comida», mostrar la palma de la mano constituye un gesto de «súplica» y exhibir el trasero es un signo de «sumisión». Y si este enfoque es posible con respecto a la comunicación

entre los primates, ¿por qué no habría de serlo también en el caso de la comunicación humana?

En mi primera reflexión sobre este problema, en 1964, llegué a la conclusión de que sólo las operaciones emic nos permitían acceder al significado de los actos lingüísticos. En 1968 (pág. 579) adopté la misma posición, afirmando que «el universo de significados, propósitos, metas, motivaciones, etc..., es inabordable desde un punto de vista etic». Estaba en un error. Lo que hay que decir es, más bien, que las descripciones de la vida mental basadas en operaciones etic no revelan necesariamente los propósitos, metas, motivaciones, etc., como lo hace un enfoque emic, pues el estudio etic de los actos lingüísticos no es sino un ejemplo más de la posibilidad de un enfoque etic de la vida mental.

La diferencia entre los significados etic y emic de los actos lingüísticos no es otra que la diferencia entre el significado convencional o «codificado» de una expresión humana y su significación psicológica más profunda, tanto para el hablante como para el oyente. Ejemplifiquemos esta distinción con datos procedentes de un estudio de actos lingüísticos realizado mediante grabaciones en video (Dehavenon y Harris, s. f.). El objetivo de los observadores consistía en descifrar las pautas de dominio y subordinación en la vida familiar por medio de un recuento de los ruegos y respuestas a ruegos de cada miembro de la familia durante una semana de observación. El «ruego» constituye una categoría etic de actos lingüísticos que comprende los ruegos de atención («Mamá!»), los de acción («Saca la basura») y los de información («¿Qué hora es?»).

El estudio tenía como premisa el supuesto de que los significados etic que yacen en la superficie de los actos lingüísticos se corresponden, de alguna manera, con lo que ocurre en las mentes de los participantes. *Por lo general*, las personas no dicen «sal» o «siéntate» cuando lo que quieren decir es

«entra» o «levántate». Pero, al igual que en los casos de enfoque etic de la vida mental antes examinados, inferir el significado profundo emic a partir de las manifestaciones etic en el flujo conductual puede ser sumamente arriesgado. Ejemplo de ello son los siguientes actos lingüísticos en los que intervienen un niño de ocho años y su madre. A las 10:50 a. m., la madre empezó a rogar a su hijo que dejara de jugar con el perro de la casa:

<i>Hora</i>	<i>Ruego</i>
10:50	Déjalo en paz (al perro)
11:01	Déjalo en paz
11:09	Déjalo en paz.
11:10	Vamos, no hagas eso.
11:10	Por favor, déjalo en paz
11:15	Déjalo en paz.
11:15	Déjalo en paz.
11:15	¿Por qué no dejas de hacerle rabiar?
11:16	Deja a Rex en paz, ¿vale?
11:17	Déjalo en paz.
11:17	Déjalo en paz.
11:24	Vete a jugar a otra parte.

Durante la misma escena, la madre también pidió repetidas veces al niño que bajase el volumen de la radio del cuarto de estar:

10:40	No toques eso (la radio).
10:41	No quiero oír eso.
11:19	Baja ese cacharro.
11:20	Venga, apágalo.
11:20	Bájalo.
11:20	Pon la tuya (en otra habitación).
11:20	No toques ese cacharro (la radio).
11:26	Ya está bien, te he dicho que lo bajas.

11:27	Déjala tranquila.
11:27	Déjala tranquila.
11:29	Apágalo ahora mismo.
11:29	Esa radio no se toca.
11:29	No toques esa radio.

Se nos hace muy difícil suponer que el principal componente emic de los significados de estos ruegos sea la intención del hablante de que se le tome en serio en lo que respecta a apagar la radio o dejar al perro en paz. Si la madre quiere que la tomen en serio, ¿por qué repite los mismos ruegos trece o catorce veces en menos de una hora? Tampoco podemos aducir que la repetición (como en el caso del preso que intenta una y otra vez escapar de la cárcel) sea sintomática de la seriedad de sus intenciones, porque la madre posee numerosas alternativas: puede, por ejemplo, apagar ella misma la radio o separar al niño y al perro llevándolos a distintas habitaciones. El que se abstenga de realizar una acción decisiva tal vez indique que hay otros componentes semánticos en juego. Quizá no desee sino manifestar su desaprobación. O a lo mejor su intención principal es autocastigarse, formulando ruegos que sabe no van a ser obedecidos.

Las ambigüedades son aún más señaladas en el caso del rol del oyente. Una posibilidad es que el niño rechace el significado superficial del ruego, porque sabe que su madre no habla en serio. Otra, que piense que sí lo hace pero rechace su autoridad. Tal vez el niño interpreta las repeticiones en el sentido de que su madre se autocastigaría antes que castigarle a él. Para deshacer la ambigüedad de estos significados, cabe recurrir a operaciones destinadas a obtener respuestas del hablante, marca de ley de la perspectiva emic. Pero los significados etic de los actos lingüísticos, considerados como un acontecimiento del flujo conductual, permanecerán inalterados.

Ser un observador humano capaz de realizar operaciones científicas presupone que se es competente en lo que respecta a un lenguaje natural

por lo menos. Por ende, en la identificación del significado etic de los actos lingüísticos en su propio lenguaje nativo, los observadores no dependen de operaciones destinadas a obtener respuestas del hablante y pueden convenir sin dificultad en que una expresión particular posee un significado superficial específico localizado en el flujo conductual.

Este tipo de razonamiento puede aplicarse fácilmente a los actos lingüísticos extranjeros, siempre que aceptemos la proposición de que todos los lenguajes humanos son mutuamente traducibles, o sea, que para toda expresión en un lenguaje extranjero existirá un equivalente en el nuestro. Aunque no deja de ser cierto que la colaboración con informantes nativos facilita la traducción de un acto lingüístico extranjero, el interés de los observadores se centra en descubrir qué estructuras lingüísticas de sus propias mentes poseen más o menos el mismo significado que las expresiones del flujo conductual de los actores extranjeros. Por consiguiente, la traducción equivale a la imposición de las categorías semánticas del observador sobre dichos actos lingüísticos. La competencia de los observadores, efectivamente, se ha ensanchado hasta englobar ambos lenguajes y, por tanto, pueden proceder a identificar los significados superficiales de los actos lingüísticos extranjeros con la misma facilidad con que los hablantes nativos del inglés son capaces de identificar los significados superficiales de los actos lingüísticos ingleses antes citados.

### **El enfoque emic del observador**

Los partidarios de estrategias idealistas tratan de desbaratar la empresa materialista afirmando que «todo conocimiento es en última instancia “emic”» (Fisher y Werner, 1978: 198). Alegan que, so pretexto de desmitificar la naturaleza de la vida social, los observadores no hacen sino sustituir un género de ilusión por otro. Después de todo, ¿quiénes son los «observadores»? ¿Por qué han de ser sus categorías dignas de mayor crédito

que las de los actores? La respuesta a estos interrogantes será diferente según se acepte o no la afirmación de que el modo de conocimiento científico posee ciertas ventajas sobre los demás. En efecto, denegar la validez de las descripciones etic es lo mismo que negar la posibilidad de una ciencia social capaz de explicar las diferencias y semejanzas socioculturales. Preconizar que la perspectiva etic de los observadores científicos no es sino una más entre una infinidad de posibles perspectivas emic —las de chinos y americanos, hombres y mujeres, puertorriqueños y negros, judíos e hindúes, ricos y pobres, jóvenes y viejos— equivale a proponer la capitulación de nuestros intelectos a la suprema mistificación del relativismo total.

Cierto es que quienes practican la ciencia no constituyen una comunidad aislada del resto de la humanidad, que estamos llenos de prejuicios, preconceptos y propósitos ocultos. Pero la manera de corregir los errores que resultan de la naturaleza valorativa de nuestra actividad es exigir el enfrentamiento con todos nuestros críticos y competidores estratégicos al objeto de perfeccionar nuestras descripciones de la vida social, producir mejores teorías y alcanzar niveles de objetividad más elevados —nunca más bajos— con respecto de las perspectivas tanto emic como etic de los fenómenos mentales y conductuales. Una vez más, debemos preguntar:

« ¿Cuál es la alternativa? »